

# El Calderero

El camino a la gran ciudad de Magnalia fue largo y fastuoso, o ese es el recuerdo que me quedó. Yo sabía de flores y raíces que podía comer, pero no de bandoleros que me podían asaltar. Por aquel entonces, los caminos del creciente no eran seguros. Los primeros se rieron al ver mi machete y se sorprendieron al tomar mi pesada bolsa de dineros. A ellos les agradecí que me aliviaran la carga. Sin embargo, la eché en falta cuando los segundos gruñeron al verme como una vaca seca y escuálida sin leche que ordeñar. A ellos les agradecí que me cambiaran la vida por las botas de Gavin. Yo traté de rebajar el precio a una bota, pero a aquella edad no era ducho en el arte del regateo. Ignoraba, además, que las botas no solían venderse desperejadas.

Cuando llegué ante los imponentes muros de piedra negra de Magnalia, me sentí como una hormiga ante un castillo. Me vi multiplicando mi altura por treinta para llegar a las almenas, ¡y eso que no sabía multiplicar! Mi vista alcanzaba a dos baluartes lejanos, uno a cada lado. Los muros no bajaban rectos, sino que de ellos sobresalían picos como cuchillas irregulares y había pequeñas oquedades por doquier que rellenaban verdes hierbajos.

Los arqueros apostados en las almenas se mofaron al verme llegar: “¡Un gigante! ¡Tres toques de corneta!”. Los alabarderos de abajo soltaron sonoras carcajadas hasta que me tuvieron cerca y cambiaron el gesto para mirarme con altivez y frialdad. Traté de poner cara de cordero, tal y como me había enseñado Lisi, pero aquello no funcionó. Mi enfado tras recibir la patada en el trasero y oír las carcajadas de esos imbéciles fue monumental. No obstante, nunca llegué a odiarlos tanto como a los sangradores, por lo que no me molesté en ponerlos en mi lista.

Así pues, tuve que pensar en un plan, pero este llegó por sí solo, con cuatro ruedas, dos caballos y muchas moscas. Al primero no le dije nada, pues aun estaba a la vista de los guardias. Entusiasmado con mi brillante idea, me alejé por la calzada empedrada hasta que pasó otro carro. Después de media jornada luchando contra el rechazo, un anciano calderero de rostro amable y barba blanca se prestó a escucharme.

– ¿Cómo te llamas, mozo?

– Alden, señor. Alden Debold.

– Oh. Ayer mismo pasé por una granja que parecía... –el hombre dejó de hablar y su rostro se ensombreció de repente. Caviló un instante con la ayuda de su barba que atusaba lentamente y su expresión rebotó de empatía—. ¿Sabes cantar?

Se lo demostré cantando la canción de la vaca rosada. Con el semblante satisfecho y divertido, palmeó tres veces contadas y accedió a que entrara en su carromato donde me quedé tumbado entre cachivaches y cubierto de gruesas telas. Y así fue como entré en Magnalia, capital del reino del rey Tenentor, burlando a mis burladores, dormido y con una deuda pendiente.

Hotus se quedó tres días en la ciudad, los justos para exponer sus chismes y naderías en los tres barrios más concurridos de la ciudad. Los tres días le vinieron muy bien para descansar ya que, según me contó, se dirigía a las islas más alejadas del mundo.

– Siempre las dibujan en el borde del mapa, pero están mucho más lejos en realidad –me dijo–. Recuerda pequeño Alden, los mapas mienten.

Aprendí muchas otras cosas con él en aquellos tres días. Algunas, anecdóticas. Otras, de vital importancia. Lecciones que un niño de once años sin nadie en quién escudarse en la gran ciudad debía tener muy presentes.

El primer día, me encomendó varios trabajitos. Estuve media mañana cantando sus productos correteando por la plaza de la pimienta y las callejuelas que allí nacían. “Plumas de oca para sus colchones. Cuero de Alderion para cinturones. Pimienta blanca del norte y sal de Mareas Rotas. ¡Pasen y vean señoras, que Hotus os trae el agua de rosas!”. La gente se acercaba a su carromato más por curiosidad que por necesidad.

Aquel simpático anciano tenía de calderero lo que yo tenía de soldado. Vendía cualquier cosa a la que se le pudiera poner precio. Me dijo que en algunos pueblos pequeños hasta se las daba de zahorí, indicando el lugar idóneo donde cavar. Pasé varias campanadas canturreando sus productos e incluso discutiendo con hombres que me tachaban de mentiroso a mí, que tan solo repetía lo que Hotus me hacía memorizar sobre algunos de sus exóticos mejunjes. “¡Se lo aseguro, el palo duro como el acero por más de cinco campanadas!” les decía yo sin preguntarme por qué alguien querría endurecer un palo, “¡yo mismo lo probé!”. Por razones que yo estaba lejos de entender todavía, aquel matiz que añadí a mi guion convenció al grupo de que yo era un embustero y me valió varios escupitajos.

El viejo Hotus se rio cuando se lo conté, pero en lugar de explicarme el fallo que cometí, acalló mi insistencia con una patata asada bien gorda y un mendrugo de centeno. Yo esperaba trabajar más por la tarde, pero él me dijo que tendría lugar la Justa de los Magnos, y que por lo tanto no habría gente por la plaza. Con gusto y alegría me enseñó parte de la ciudad en la que él ya había estado media docena de veces. Para mí todo era desconocido dado que no recordaba nada de la vez en que el difunto Berger me llevó para vender las resinas que había acumulado.

Cuando cayó el sol de mi primer día en Magnalia, el primero que recuerdo al menos, volví a dormir en el interior del carromato con el viejo Hotus y una lámpara de lo más peculiar que irradiaba un calor intenso que agradecí infinitamente.